

TIMOTHY O'GRADY · STEVE PYKE

Sabía leer el cielo

Prólogo de JOHN BERGER

Traducción de ENRIQUE ALDA

*Susurré: el recuerdo duele
dondequiera que lo toques.*

George Seferis

*El recuerdo es el secreto
de la redención.*

Monumento al Holocausto,
San Francisco

PRÓLOGO

No entraré de lleno en este libro porque, de hacerlo, me quedaría en él para siempre y no regresaría. Y entonces no estaría en esta página, como estoy ahora, en esta página antes de que empiece el libro.

¿Es un libro? Una pregunta tonta donde las haya. ¿Para qué si no estoy escribiendo un prólogo? Es un bastardo. Se ha concebido en la oscuridad, como las fotos se revelan en un cuarto oscuro. Hay que mirarlo con los ojos cerrados, no la primera vez, por supuesto, sino en el resto de ocasiones en las que se pasen sus páginas.

Evidentemente, todo libro, como todo mirlo, es diferente. Y está claro que cuando se lee este, se oye un coro detrás de la voz del narrador: O'Sullivan y Behan, O'Casey y Synge, Joyce y Jack Yeats (con retumbo de cascos de caballos), Beckett y O'Flaherty, todos están en él, en la oscuridad, protegiendo con su arte la nueva voz, salvándola del olvido, al igual que la acompañaban cuando estaba sola y deambulaba.

Así que, ¿qué tipo de bastardo es?

Todos los cómicos saben que hacer reír depende de elegir el momento oportuno. Es mucho más fácil hacer llorar, puesto que la tristeza se acumula, mientras que la risa aparece con la sorpresa. Siempre con la sorpresa. Por suerte, quizá en la otra vida sea al revés.

La elección del momento oportuno es el arte de jugar con el silencio, de distribuirlo con astucia, de esconderlo para que el pú-

blico lo encuentre con sorpresa y placer, como los rusos esconden huevos pintados en Semana Santa para que los busquen los niños. ¿Y qué significa el silencio en una historia? Lo no dicho, ¿no?

En este libro lo no dicho está en todas partes. En la parte superior de las páginas antes de que empiecen las líneas. En la inferior cuando terminan. Y entre líneas, entre las frases. A menudo está en medio de una frase: «Tumbado en la cama por la noche no puedo dejar de pensar en el dinero y en Kate Creevy». Es lo no dicho lo que consigue que esta frase siga dando vueltas en la mente. Solo lo no dicho puede bailar con una frase y aquí, en la oscuridad, baila sin cesar.

El silencio de lo no dicho siempre funciona subrepticamente junto con otro silencio, que es el de lo indecible.

Lo que no se dice en un momento puede decirse en otra ocasión. Pero lo indecible no puede decirse nunca o quizá, en una oración, y eso lo sabrá Dios, no yo.

Ante lo indecible estamos solos. Y por eso, creo, se cuentan historias. Todas las historias son caminos que acaban en la pared de un precipicio. A veces el precipicio está por encima de nosotros, a veces cae en picado a nuestros pies. Pero cuando una historia te lleva a lo indecible, no estás solo. Eso y solo eso es el consuelo.

Lo no dicho y lo indecible.

Leamos ahora las fotografías. Fotografías en blanco y negro. ¿Por qué los fotógrafos —entre ellos algunos de los mejores— se empeñan en hacer fotografías en blanco y negro, cuando la película en color es tan sutil, tan sencilla y tan barata? ¿Es propensión a la nostalgia? ¿Al ascetismo? ¿A la moralidad? Al fin y al cabo, el blanco y negro es tremendamente moral.

Creo que la razón es otra. ¿Qué hace la pintura, independientemente de los estilos? Invita a mostrarse a lo que no está allí. Co-

*El exilio no es una palabra
es un sonido
el desgarró de la piel
un puñado de arcilla sobre un ataúd
el exilio no es una palabra
es afeitarse frente
a una fotografía en vez de un espejo
el exilio no es una palabra
son las manos unidas suplicantes
en una catedral vacía
es escribir la propia hagiografía
es una atrocidad continua
es el expiatorio
triunfo del recuerdo sobre la topografía
el exilio no es una palabra
el exilio no es una palabra*

Peter Woods

Sabía leer el cielo



I

Esta habitación está oscura, tan oscura como lo está siempre una hora antes del amanecer en invierno. Hay sonidos e imágenes, pero revolotean y se estrellan antes de que consiga atraparlos. Las



sábanas están húmedas. El dolor en el cuello es intenso. Me aferro a mí mismo para anclarme.

Entonces algo se mueve, una ligera brisa. Es muy suave, el aliento de una alondra, pero disipa el aire enrarecido y la veo: la casa situada a la perfección en la ladera de la verde colina. La fucsia que se curva alrededor de la ventana es roja y la paja del tejado, tan brillante que parece que está ardiendo. Estoy sobre los hombros de mi hermano Joe pintando con las manos la puerta que da al norte. Tenemos pintura, pero no pincel. La pintura de color verde resbala entre el vello de mis brazos, por debajo de la manga del jersey hasta el pecho. Pero no la noto. Tengo cuatro años y Joe siete. Mis manos hacen grandes y frenéticos círculos en la puerta. Hay gotas verdes en la camisa de Joe y en su nuca. Miro el remolino de pelo castaño en mi cuello, el jersey negro, los pantalones, mis ennegrecidos pies. Por la expresión de mi cara se diría que no hay nada en el mundo excepto esa puerta. Quiero colocarme detrás de esa cara, pero no puedo. Me esfuerzo por oír fragmentos de la canción que llega desde la cocina. Empujo la puerta. Me abrazo con más fuerza.

Soy yo. Tengo la cabeza redonda y calva; ojos azules y llorosos, y los dedos manchados por el tabaco. Estoy solo con un perro negro. Duermo mal.

El día de la misa en casa es una ocasión muy especial. El sacerdote vendrá a celebrarla por la tarde en la cocina y acudirán los vecinos y parientes. Hemos horneado hogazas. Hemos preparado pollo. Tenemos *whiskey*, cerveza negra y jerez.

Pero nos habíamos olvidado de la puerta.



2

Joe en la cocina el día de san Esteban vestido de espantapájaros. Paja en las mangas y el cuello de la camisa, y un sombrero puntiagudo. La cara pintada de azul. Es la primera vez que ha ido a la caza del reyezuelo y ha conseguido diez chelines yendo de casa en casa. Mary, Bernardette, Martin, Dermot, Vincent, todos han



salido ese día. Yo me he quedado porque soy demasiado pequeño. Eileen también se ha quedado. Cree que es muy mayor para estar con los niños del reyezuelo.

Por la ventana veo a mi padre apoyar la bicicleta en la pared. Cojea desde que se cayó cuando recogía patatas en Lincolnshire. Camina apoyado en un bastón. Ha aflojado el pedal derecho para que no se mueva mientras pedalea con el izquierdo. Ahora dice que se está haciendo viejo y se ríe, pero el día de san Esteban

por la mañana ha hecho veinte kilómetros para ir a Ballyconnor y otros tantos para volver. Es un hombre fuerte. Es capaz de poner un remo entre las vigas del techo y levantarse diez veces con cada brazo. Si el pie no se le cura para abril, cuando tiene que volver a Lincolnshire, el año que viene no habrá dinero en casa.

Entra por la puerta con una amplia sonrisa y una bolsa de lona en la mano. Parece de las que se utilizan para alimentar el ganado. Tiene nieve en los negros rizos del pelo y en los hombros. Su cara reluce como el agua al sol. Cada vez que lo veo cojear se me saltan las lágrimas.

Sienta a Joe en una silla y le quita el sombrero de la cabeza. De la bolsa saca una caja de cartón y de esta un acordeón, un pequeño Hohner con una sola fila de botones. ¡Cómo brilla! Rojo marmolado con estrellitas y un ribete dorado. Se inclina con la cara iluminada y sujeta el acordeón como si fuera un bebé con sus grandes manos, manos de temporero, ajadas y marcadas, uñas rotas, un dedo machacado por una máquina. El acordeón cuesta la mitad de lo que le darían ese año por una novilla.

Años más tarde, cuando iba de visita, buscaba el acordeón bajo la cama o en el desván. Pero nunca lo encontré. No sabía que se había ido a América con un sobrino que no sabía tocar. Tampoco es que el día de san Esteban por la mañana supiera de los campos abandonados, de los muros desmoronados. No sabía de autopistas y máquinas y túneles y andamios. Era un día radiante, con la blanca nieve.

Joe coge el acordeón de las manos de papá y sonrío. Pero nunca supo tocarlo. La música me llegaría a mí, no a Joe.

—No puedo ni salir por la puerta por culpa del idiota de Kane de Mulrany. Cuando cojo la bicicleta aparece detrás de un seto. Cuando voy a bailar se sube a la carreta y se coloca a mi lado. «Si no me aceptas —dice—. Te quemaré la casa». ¡Tiene sesenta años!

Eileen y Maura Fogarty bajo mi ventana una noche de verano. Las oigo reír alto y claro, es un sonido como de campanillas. Quizá de altar. Maura ha vuelto de trabajar como enfermera en Inglaterra. Lleva un vestido de florecitas rojas y habla muy rápido. Estoy en la cama completamente despierto y me encanta oírlas.

Matt Doran pasa con su bastón y su perro rojo.

—Me está contando cosas de la gran ciudad, Matt —le explica Eileen.

—Es un sitio en el que no te darían ni las sobras sin pagar —dice Matt.

Mira de reojo hacia los últimos rayos de sol y sigue su camino.

—¿Y Jim? —pregunta Maura.

—Se ha ido. Su hermano le envió el dinero del billete. Está en una tenería en Massatuchetts —dice con esa forma tan suya de cambiar las letras a veces. Como Dermot con su ojo estrábico. O el dedo más corto de papá. Todos esos detalles personales que recuerdas cuando estás solo en una noche como esta—. Cuando se fue, Kane vino con el caballo y la carreta a ver a mi padre. Barro en los radios. Barro en las botas. Se quita el sombrero y le pregunta a mi padre si puede casarse conmigo. Imagínate pasar el resto de tu vida con un tipo como ese. Con esa nariz roja y la cabeza calva. Es asqueroso, Maura.

—¿Y qué dijo tu padre?